

SÍNTESIS DEL MARCO TEOLÓGICO-PASTORAL DEL CONGRESO. “LA INICIACIÓN CRISTIANA EN EL CAMBIO DE ÉPOCA”

*Loreto Moya Marchant-Carlos
Schikendantz-Sergio Torres¹*

A modo de informe, esbozamos a continuación una aproximación a las ideas fuerza que pueden constatarse en las presentaciones que nutrieron la reflexión del III Congreso Internacional del Catecumenado: “La iniciación cristiana en el cambio de época”. Nuestro esquema contempla cuatro puntos que emergen con claridad observando el conjunto, a saber; la comprensión sobre el cambio de época; las actitudes que surgen desde la reflexión y la experiencia del catecumenado respecto a este nuevo contexto socio-cultural; los puntos o convicciones teológico-pastorales destacados; y, finalmente, una valoración de las experiencias concretas presentadas.

¹ El presente informe ha sido elaborado por: Loreto Moya Marchant, Facultad Eclesiástica de Teología, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso; Carlos Schikendantz, Centro Teológico Manuel Larraín, Universidad Alberto Hurtado; Sergio Torres, Facultad de Ciencias Religiosas y Filosofía, Universidad Católica Silva Henríquez.

De partida, es necesario explicitar una prevención metodológica. Efectivamente, la síntesis no pretende explicitar o añadir algo propiamente nuestro a la reflexión expresada en las presentaciones. Más bien, nuestro esfuerzo se centra en rescatar y sistematizar algunas notas que emergen mirando el conjunto de las reflexiones y constituyen el marco teológico pastoral del Congreso, según hemos podido apreciar.

El cambio de época y su impacto en el desafío evangelizador hoy

No cabe duda que la reflexión en torno al cambio de época ha sido el telón de fondo en las presentaciones y de manera explícita, o subyacente, ha marcado la reflexión. No obstante es necesario preguntarse por sus alcances, tanto para la comprensión de la misión evangelizadora de la Iglesia, en general, como de la iniciación cristiana de adultos, en particular. Conviene tener presente que las presentaciones respecto al cambio de época no han buscado ni exhaustividad ni reducción del fenómeno a la mera información. Se percibe claramente una preocupación por una reflexión y una acción pastoral que busca asumir la pertenencia como una categoría básica.

Dicho de otra manera: ¿es posible la iniciación cristiana en este cambio de época? Al tenor de la práctica del bautismo de adultos, en los diversos contextos descritos, la respuesta es positiva. Sin embargo, esto no debería olvidar la complejidad de la sociedad y de la cultura en la cual se da esta experiencia y qué podemos aprender de ella.

Ahora bien, ¿qué aspectos sobresalen en la reflexión respecto al cambio de época? A riesgo de minimizar, subrayamos tres aspectos fundamentales.

El sujeto autónomo en un mundo plural: el anhelo de libertad

La principal característica es el protagonismo o centralidad que el ser humano toma, transformándose en el lugar desde donde se

comprenden las relaciones interpersonales, los discursos de sentido y las relaciones con las instituciones. Desde esta particularidad, se valora la autonomía personal y la idea de plenitud se comprende desde esa autonomía, rechazando cualquier imposición venida desde fuera. En este contexto se entiende el proceso de individuación que se refleja en la valoración de poder decidir personalmente, desde la libertad y la información. Esto se ve claramente en el cuestionamiento a las instituciones que desean imponer un modo rígido de vivir. Esta individuación, puede ser ambivalente, pues abre paso también a la fragmentación de sentidos y a la incertidumbre o el vacío.

A este nivel, ya es posible mencionar algunos desafíos para el quehacer evangelizador. En primer término, algunos que tocan las actitudes, como por ejemplo: asumir la tensión entre un mundo globalizado y plural con la necesidad de construcción de identidad propia de cada individuo; de ahí el desafío de una Iglesia al servicio de la identidad de cada persona; dimensionar el cambio en las relaciones sociales, especialmente entre autoridad e individuo; recoger el anhelo de emancipación del individuo y la construcción de su proyecto de vida. En segundo lugar, el cambio conlleva la necesidad de una relectura antropológica: ser cristiano o “convertirse cristiano” es responder a un llamado que no está fuera o en concurso con el desarrollo pleno de la persona humana. Por tanto, acoger a los adultos que inician su experiencia cristiana es respetar su libertad y sus proyectos de vida; favorecer el encuentro con el otro; dar a cada uno la posibilidad de devenir lo que él es y está llamado a ser.

Alcances del cambio de época en la Iglesia y la experiencia cristiana

El segundo aspecto a relevar gira sobre los alcances que conlleva asumir una reflexión situada. En efecto, la cuestión no es sólo caracterizar extrínsecamente el contexto cultural, como si este fuese un dato que solo condiciona ciertos aspectos de la sociedad y sólo ciertos procesos de la pastoral, en este caso la iniciación de algu-

nos adultos. El llamado de atención es a no minimizar este cambio de época y, antes de una valoración indistinta, es necesario atender sus alcances. Justamente, es la propia experiencia de la fe la que está llamada a pensarse en un nuevo escenario, es la propia comprensión social y eclesial la que se ve desafiada.

Subyace en el sentir de varias presentaciones que no basta con una comprensión genérica de los cambios culturales. Más específicamente, estos cambios repercuten pues redefinen la relación misma de la religión con lo público y con la diversidad de identidades que emergen. Si se observa con atención los procesos en una perspectiva de larga duración, hay un mar de fondo que ha ido cambiando radicalmente: los cambios estructurales van configurando una realidad social nueva, desde la experiencia religiosa no es la única dadora de sentido y debe compartir su propia esfera junto a otras, con sentidos diferentes y plurales. Los cambios en el lenguaje o semánticos dan cuenta de ello.

Aunque no compartida por todos, surge como hipótesis el cambio de época como una mutación estructural (descentramiento de la estructura clásica), donde emergen nuevas “autonomías relativas” que disputan, comparten, o, bien, conviven entre ellas, estructurando una nueva realidad social.

Ya no es posible, entonces, un orden social estructural monolítico. Más bien, coexisten diversas esferas que se disputan el espacio público. Esto repercute en el sujeto: si antes su valía social estaba atada al estamento de origen, hoy depende de los diversos ámbitos donde se desenvuelve.

El correlato a nivel estructural está en la creciente diferenciación en el lenguaje: desde una visión única y oficial a una explosión en las formas de entender la realidad. Se impone la pregunta, ¿evangelizar es restaurar un único discurso y una sola norma de actuación? A nadie escapa el desafío que esto conlleva a la experiencia de la fe: validar el diálogo entre saberes y la diversidad de experiencias.

El desafío de la equidad y la justicia en un contexto de globalización

Tratado con menor atención que los puntos ya mencionados, es importante reparar en una tercera característica que emerge desde una visión de conjunto. Una forma de analizar el cambio de época es reparar con lucidez esta cultura globalizada – mundializada que emerge y que va configurando crecientemente la vida de nuestros pueblos, con una interdependencia creciente. Efectivamente, y sin dejar de tener presente que este proceso se configura no solo por la dimensión económica que comporta, se vive de manera asimétrica. Para algunos es la posibilidad de emerger con fuerza y verdadera transformación social e inserción mundial. En cambio, para otros, no viene sino a acentuar los contextos de fragilidad, marginación y pobreza en la cual viven numerosos pueblos y regiones en nuestro planeta, o al interior de una misma sociedad.

Este nuevo contexto de cambio epocal, signado por la globalización, no solo puede fragmentar la experiencia del individuo sino, igualmente, profundizar y fragmentar aún más la vida social de pueblos y regiones marginadas económica y culturalmente. En este plano, cobra pleno sentido, la inculturación de la fe en la vida de cada pueblo y no separar la experiencia cristiana del clamor por la justicia.

Actitudes humanas frente al cambio de época que se proponen con el tema del catecumenado

Para precisar nuestra opinión distinguimos dos aspectos que están estrechamente vinculados en las diversas experiencias presentadas en el congreso: las actitudes humanas que se describen como deseables o como ya en ejecución en los distintos proyectos, con sus estrategias correspondientes, y los acentos teológico-pastorales propiamente que comentamos poco más abajo. Pensamos que poner de relieve el primer aspecto es particularmente importante acorde a la descripción que se ha hecho del cambio de época. Esto es muy evidente, por ejemplo, de cara a la constatación general que muestra la conciencia de autonomía de las personas y su dife-

rente forma de relacionarse con las autoridades y las instituciones. De allí que el estilo de trato humano con el que se concreten las distintas iniciativas pastorales adquieren una importancia decisiva.

La constatación más importante que hacemos luego de las presentaciones realizadas es que, desde el punto de vista de las actitudes humanas, parecen adecuadas las respuestas que se proponen conforme al diagnóstico de cambio de época que se ha presentado. Por tanto, a la pregunta repetida varias veces durante el congreso de si el catecumenado con sus formas pastorales diversas – desde este punto de vista – está respondiendo al cambio de época, parece que, sustancialmente, habría que responder en forma afirmativa.

Además, podemos constatar que, a partir de las presentaciones, se percibe un evidente consenso sobre la importancia y utilidad del documento “*Evangelii Gaudium*” como una base común. Este texto – en sus líneas generales – estaría acertando, también, en la respuesta al diagnóstico ofrecido.

Algunas verificaciones de las afirmaciones realizadas: se manifiesta en el consenso que hay sobre actitudes y estrategias fundamentales que debe incluir el proceso del catecumenado, más allá de la forma concreta que adquiera en cada lugar geográfico y eclesial:

- Crear espacios de acogida, hospitalidad
- Calificar el propio aporte como ayuda, acompañamiento, animación, testimonio
- Valorar la conciencia de cada uno/a como un santuario
- Apreciar el significado insustituible de la experiencia en la asunción de valores.
- Entender el catecumenado como un proceso, atender al momento oportuno.
- Buscar adaptarse a la biografía de cada uno.
- Destacar la importancia de construir instituciones flexibles.
- Plantear el inicio y el núcleo del proceso como una conversación, un camino de diálogo.

- Buscar ofrecer una propuesta atractiva, no impositiva.
- Valorar la vida familiar cotidiana.
- Atender el problema del sentido, del crecimiento en humanidad, de la identidad del otro.
- Destacar la constante búsqueda de nuevas estrategias, nuevos lugares, nuevos lenguajes.

Por tanto, desde este punto de vista, parece adecuado continuar el camino emprendido y profundizar en el estilo de abordar el trabajo pastoral. El desafío se traslada, entonces, a encontrar experiencias adecuadas, al cómo, a la modalidad concreta, lo cual requiere una gran creatividad y capacidad de ensayo.

Puntos teológico-pastorales destacados

Las actitudes a las que invita el proceso catecumenal nos hace, asimismo, examinar ciertos puntos teológico-pastorales que nacen de una praxis catequética que busca proponer un camino de maduración en la fe.

Durante el Congreso se fue descubriendo que asumir el catecumenado como proceso de iniciación en la fe, pone en cuestión una transmisión de la fe centrada en la doctrina y alejada de la vida cotidiana de las personas. Es así que una serie de temas teológico-pastorales se instalan con el propósito de recuperar lo esencial del Evangelio y de responder a las características epocales descritas.

Se propone, entonces, una conversión teológico-pastoral que, a partir de las voces de los expositores, podríamos dividirlos en los siguientes ejes centrales.

- Propiciar un encuentro con Cristo: la misión del catecumenado es generar espacios donde los participantes puedan vivir un proceso personal y comunitario que tenga como preocupación principal el encuentro con la persona de Jesús. No es una propuesta moralista. Es la Buena Noticia del Reino que se propone e invita a vivir.

- Centralidad de la Palabra: es desde ella que se organiza todo el proceso catecumenal. La lectura comunitaria de la Biblia permite rescatar imágenes de Dios que muestren su rostro bondadoso y misericordioso; un Dios que respeta los procesos y libertades personales y que sale al encuentro como amigo.
- Valoración de la experiencia humana, cultura y religiosa del otro: el catecumenado acoge al ser humano con toda su existencia, respetándola, acogéndola. Esto requiere la creación de espacios abiertos y cálidos de comunión eclesial, donde hombres y mujeres se sientan reconocidos y valorados para comenzar un camino de maduración de la fe.
- Dimensión litúrgica: el proceso de iniciación cristiana lleva a una revalorización de la liturgia como parte fundamental del proceso mismo y no sólo como un accesorio a las sesiones. El catecumenado recupera así la íntima relación entre liturgia y catequesis, incorporando la dimensión simbólica, los tiempos y ritmos propios de la liturgia en su proceso.
- Búsqueda de adecuación en el lenguaje religioso: la experiencia catecumenal demuestra que el lenguaje que la teología ofrece para hablar sobre Dios no responde a las experiencias de fe que viven hombres y mujeres en la época actual. Es así que el catecumenado se vuelve también un espacio de renovación del lenguaje religioso que nace de la experiencia de vivir y pensar la fe con otros y otras.

Este Congreso hace surgir la necesidad de una teología que acompañe, de una teología que se deje modificar por las prácticas y de esta manera, aporte a la superación de dinámicas ambientales e institucionales no renovadas, es decir, de actitudes y acentos teológicos pastorales culturalmente inadecuados que dificultan el camino de evangelización actualizado y a una apropiación personal del Evangelio por los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Modalidades regionales concretas experimentadas y propuestas

Otra perspectiva de análisis la advertimos en la reflexión a partir de experiencias dependientes de los contextos geográficos. Vemos allí explicitadas estrategias diversas, la mayoría de ellas inspiradas por las actitudes y los puntos teológico-pastorales destacados anteriormente.

La diversidad de las situaciones culturales y de la forma de encarar las exposiciones- algunas aluden más directamente a experiencias concretas de camino catecumenal, otras a situaciones del cristianismo y del desafío de creer en un nuevo contexto cultural- permite detectar muchas características epocales comunes – frutos del proceso de modernización y globalización – junto a especificidades muy marcadas- frutos de las historias más o menos recientes de las distintas regiones.

Si se percibe un marcado consenso en las actitudes y en los puntos teológico-pastorales compartidos, parece que un campo de trabajo importante es el cómo, la modalidad concreta de los caminos catecumenales y, por tanto, adquiere más relieve el aprender recíprocamente de las experiencias existentes.